

El mal de archivo en la escritura de la historia

ARCHIVE FEVER AND THE WRITING OF HISTORY

RICARDO NAVA MURCIA

Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia
México

A Daniel y Cynthia, en las historias por contar

ABSTRACT

The aim of the following paper is to discuss the historiographical consequences brought forth by a deconstruction of the concept of "archive" viewed through the emergence of new supports of archivation, its different ways of treatment and the malaise that constitutes its very condition of possibility: the necessity of destruction to ensure preservation. How far is it possible to historically think about the archive? This is the question around these reflections, placed in a specific target: the writing of history. It is from this field, historiographical practice, that the concept of archive itself is questioned through a review of philosopher Jacques Derrida's: Archive Fever: A Freudian Impression.

Key words: Arhive, fever, deconstruction, history.

RESUMEN

El presente trabajo tiene como objetivo realizar una reflexión acerca de las consecuencias historiográficas que una deconstrucción del concepto de archivo pone en curso a partir de los nuevos soportes de archivación, sus modos de tratamiento y el mal que lo constituye en tanto su condición de posibilidad misma: destruirse para preservarse. ¿Hasta dónde

es posible pensar históricamente el archivo? Ésta es la pregunta que gira en torno de estas reflexiones, las cuales se sitúan en un lugar específico: la escritura de la historia. Es a partir de este campo desde donde se interroga al concepto mismo de archivo a partir de una lectura, desde la práctica historiográfica, del libro del filósofo Jacques Derrida *Mal de archivo. Una impresión freudiana*.

Palabras clave: Archivo, mal, deconstrucción, historia.

Artículo recibido: 8/2/2012

Artículo aceptado: 11/4/2012

¿Por qué reelaborar hoy día un concepto de archivo? [...] Los desastres que marcan este fin de milenio son también archivos del mal: disimulados o destruidos, prohibidos, desviados, “reprimidos”. Su tratamiento es a la vez masivo y refinado en el transcurso de guerras civiles o internacionales, de manipulaciones privadas o secretas. Nunca se renuncia, es el inconsciente mismo, a apropiarse de un poder sobre el documento, sobre su posesión, su retención o su interpretación. ¿Mas a quién compete en última instancia la autoridad sobre la institución del archivo? ¿Cómo responder de las relaciones entre el memorándum, el indicio, la prueba y el testimonio? Pensemos en los debates acerca de todos los “revisionismos”. Pensemos en los seísmos de la historiografía, en las conmociones técnicas a lo largo de la constitución y tratamiento de tantos “Dossiers”.

Jacques Derrida

Cómo enfrentar de un modo nuevo la problemática del archivo, es el envío que Jacques Derrida manda a los historiadores, tanto en los modos en que éste se constituye como el espacio físico que resguarda los documentos, pasando por su institucionalidad arcóntica que ejerce su poder de custodia y autoridad hermenéutica legitimadora, hasta los modos en que el historiador,

desde un conjunto de operaciones específicas, se relaciona con él. Las preguntas que envía tienen una pertinencia relevante y de actualidad, en tanto que el autor señala, en principio, la interrogante por la necesidad de reelaborar hoy día un concepto de archivo, para continuar con al menos tres aspectos esenciales: 1) los archivos del mal, esto es, las huellas de acontecimientos que son borrados, destruidos y manipulados en nombre de un poder que los deniega o autoriza, en una palabra, los reprime; 2) los modos de tratamiento de los archivos, en tanto sus soportes técnicos, sus órdenes clasificatorios y el poder de retención e interpretación; 3) la cuestión por la autoridad, principio arcontico esencial: quién autoriza y qué relaciones se tejen entre las distintas huellas dispuestas en todo archivo. Estos tres aspectos esenciales pueden ser tratados como envíos a la historiografía, en tanto la urgencia de responder a éstos y explicar cómo se constituye la escritura de la historia en los modos en que ésta se relaciona con el archivo.

El presente trabajo tiene como objetivo realizar una reflexión acerca de las consecuencias historiográficas que una deconstrucción del concepto de archivo pone en curso a partir de los nuevos soportes de archivación, sus modos de tratamiento y el mal que lo constituye en tanto su condición de posibilidad misma: destruirse para preservarse. ¿Hasta dónde es posible pensar históricamente el archivo? Ésta es la pregunta que gira en torno de estas reflexiones, las cuales se sitúan en un lugar específico: la escritura de la historia. Es a partir de este campo desde donde se interroga al concepto mismo de archivo, a partir de una lectura desde la práctica historiográfica, de *Mal de archivo. Una impresión freudiana*.¹ Por ello, en el presente trabajo se va a sostener que esta deconstrucción en curso inaugura una posibilidad de pensar históricamente el archivo.

Las problemáticas planteadas y enviadas por el filósofo francés tienen, en el campo ya señalado desde donde se abordan, un

¹ Jacques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, 107 pp.

desplazamiento: del problema del modo en el que el historiador se relaciona con las fuentes, al modo en que puede relacionarse con el archivo; esto es, del documento y su interpretación al del archivo y su teorización. Derrida plantea un problema anterior a toda discusión sobre la memoria, el tiempo y la construcción de la validez del discurso histórico.

Para Derrida, la condición de posibilidad para construir una teoría del archivo que revolucione de manera potencial su problemática, se encuentra en la teoría del psicoanálisis. Todas las metáforas ideadas por Freud para construir una imagen útil para pensar el aparato psíquico (impresión, huella, escritura, bloc mágico, prótesis, entre otras) hacen posible una teoría del archivo no reductible a una teoría de la memoria. De esta manera, una de las tesis propuestas por Derrida es la siguiente: un mal radical habita al archivo, actúa en el conjunto de operaciones de custodia, conservación e interpretación y en los modos en que se mantiene una relación con éste, es decir, en los modos en que se establece una relación con el tiempo, con la memoria y con el olvido. Se trata de una *pulsión de archivo*, pulsión de consérvalo todo, de registrar cada detalle, de no permitir que ningún testimonio, documento y monumento se pierdan; es una pasión social por guardar y conservar todo rastro, todo resto, toda huella, de evitar que el tiempo se extravíe. Esta pulsión de archivo es lo que en realidad Derrida llama “mal de archivo”. La paradoja constituyente de este mal de archivo es que al mismo tiempo que hay esta pasión por conservarlo todo, no puede haber deseo de archivo sin la finitud radical de la posibilidad de un olvido, sin la amenaza de una pulsión de muerte, de agresión y de destrucción; el archivo mismo está habitado desde su interior por esa pulsión de muerte pensada por el psicoanálisis, pulsión de muerte que es al mismo tiempo la más conservadora: el archivo se da muerte para conservarse.² La lectura que hace Derrida de Freud permite darle una complejidad

² *Ibidem*, p. 27.

al modo en que los historiadores establecen una relación con los archivos, al mostrar las problemáticas que se enfrentan con el desafío de los clásicos y nuevos soportes de archivación, con lo que un archivo borra para preservarse, con el secreto y la ceniza. Es la escritura de la historia, desde estas impresiones, la que se constituye como una ceniza, que hace su propia combustión enviando la memoria y el olvido hacia la promesa sin promesa de un por-venir, pues el archivo no será reductible a la memoria sino a aquello que hereda como por-venir.

Se hace necesario un rodeo para comprender cómo opera tácticamente esta deconstrucción en curso del archivo, como primera escena que viene a dar el tono y a explicitar el modo de tratamiento de las relaciones entre deconstrucción, psicoanálisis e historia.

ESCRITURA Y MUERTE: HACIA UNA DISEMINACIÓN DEL ARCHIVO

Para comprender mejor la deconstrucción que lleva a cabo Derrida sobre el archivo, es necesario explicitar algunos modos de operación que el autor ha planteado como deconstrucción. La deconstrucción permite una reflexión sobre el archivo, a partir de la comprensión de la escritura, los soportes materiales, el papel, las máquinas procesadoras de texto, lo virtual y la comunicación. De esta manera, el planteo base de Derrida es que la escritura está atravesada por la muerte y por la ausencia, y, como se verá, esto afecta la noción que se llega a tener sobre el concepto de archivo, pues éste no puede ser identificado con la memoria de manera simple, sino con la muerte, el porvenir, las huellas y el borrado. Pero, de ningún modo se trata para Derrida de una negatividad metafísica que diera prioridad a la voz y a la presencia viva como posibilidades de la comunicación y de la archivación. Más bien, se trata de asumir que la escritura es muerte y ausencia como condición de posibilidad de poder decir algo, que sólo se constituye en restos diseminales de sentidos (no plenos, no unívocos) diferenciales

constituidos por la materialidad de marcas, de huellas sin fondo y sin fin. El archivo, por lo tanto, será comprendido como el lugar de una exterioridad, de unos soportes sobre los cuales se inscriben e imprimen las huellas, además de estar habitado por una pulsión de muerte, esto es, por un trabajo de destrucción que realiza el archivo sobre sí mismo para, paradójicamente, preservarse.

Para Derrida, la escritura es una marca material que existe independientemente del autor, de su momento de inscripción y de su momento de producción. No es el fármaco, en tanto veneno, suplemento de la voz, transcripción del habla, mera representación de las ideas, sino un indecible (la lógica del ni/ni) que tiene la propiedad de repetirse en la alteridad; esto es, que la escritura se activa como *iterabilidad*.³ En consecuencia, toda marca es descifrable independientemente de las intenciones del emisor, incluso aunque ese desciframiento no constituya nada de la original intención comunicativa. Las marcas dicen algo, pero no comunican, en el sentido de una comunicación total y transparente, o que permita consensos y acuerdos; las palabras se escapan y no se tiene garantía de su sentido. Dicho de otro modo, nadie es dueño del sentido de sus palabras.

La iterabilidad viene a instaurar lo múltiple y la diferencia. Si toda marca es repetible en ausencia del emisor y el destinatario originarios, las consecuencias que desprende Derrida se sitúan en que todo trazo, toda marca, puede ser sacado de su contexto de emisión y producción e injertado en otro contexto ajeno, extraño, diferencial. Es lo que se llama “la posibilidad de la citacionalidad”. Lo que se produce como posibles sentidos, no dependen de contextos saturables sino de diseminaciones que se constituyen como restos de lenguaje. Restos que no son apropiables en una unidad de sentido sino que estallan indefinidamente.

³ Para profundizar en la característica de iterabilidad tanto de todo sistema de escritura como de lengua (incluyendo la voz), *cfr.* Jacques Derrida, “Firma, acontecimiento, contexto”, pp. 347-372.

Esta escritura, que es muerte, sólo se materializa en papel y en las máquinas, se inscribe sobre soportes, se archiva y se borra, dejando huellas, incluso del borrado; por tanto, es en este papel-máquina-archivo, el lugar donde se juegan el lenguaje, el signo, la muerte, la representación y el modo en que circulan la información, la tradición y el porvenir, sin ninguna garantía de la transmisión de un sentido.

La iterabilidad está activa en toda inscripción y por lo mismo en el soporte que la vehiculiza. Éste es el sentido de la noción de huella que identifica el trabajo de la deconstrucción: hay memoria, iterabilidad y muerte a partir de que hay inscripción de la huella, mientras que la puesta en acto de un archivo se constituye a partir de la huella y de la inscripción en múltiples soportes iterables.

LO ESPECTRAL DE LOS SOPORTES Y LAS TÉCNICAS DE ARCHIVACIÓN EN LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

La escritura de la historia mantiene una relación permanente con el archivo. Sus operaciones técnicas pueden ser explicadas y comprendidas con las metáforas freudianas que tematizan el inconsciente. Ontológicamente, la historia ha mantenido una relación estrecha con el psicoanálisis, por lo común no reconocida, pero mostrada de manera incisiva por Michel de Certeau: dos modos distintos de distribuir el espacio de la memoria, al pensar de manera distinta las relaciones entre el presente y el pasado. En psicoanálisis, el pasado siempre regresa disfrazado e inquieta a la conciencia como retorno de lo rechazado. En la historiografía se da más bien una ruptura entre el presente y el pasado, resultado de las relaciones de saber (aparato técnico y conceptual de una ciencia) y poder (museos, archivos, bibliotecas). En el psicoanálisis, la relación con el pasado es el reconocimiento de uno en el otro, mientras que para la historiografía, la relación pone uno al lado de otro. Estas dos estrategias del tiempo, afirma De Cer-

teau, se enfrentan, pero sobre un territorio de preguntas análogas, como aquella que se interroga por cómo construir un relato que comprenda las diferencias o asegure las continuidades, o bien aquella que se cuestiona por cómo volver lo otro a sus condiciones de producción. Ahora bien, para este autor es dentro de este territorio configurado por preocupaciones análogas, donde el reencontro de ambas disciplinas ofrece algo a la historiografía.⁴

Una primera figura del archivo es la que envía Derrida: la violencia del archivo en su acto archivador. El archivo es instituyente y conservador. Desde Freud y con Freud, el filósofo muestra cómo una pulsión de muerte, de agresión y de destrucción habita silenciosamente al archivo: empuja al olvido, a la amnesia y a la aniquilación de la memoria. Además, desliza una borradura radical, no reductible a la memoria o al recuerdo, a saber: la consignación, el dispositivo documental o monumental como *hypómnema*, esto es, como un suplemento, en el sentido de recurso mnemotécnico. “Ya que el archivo, si esta palabra o esta figura se estabilizan en alguna significación, no será jamás la memoria ni la anamnesis en su experiencia espontánea, viva e interior. Bien al contrario: el archivo tiene lugar en (el) lugar del desfallecimiento originario y estructural de dicha memoria”.⁵ Es importante, y éste será el señalamiento que hace Derrida, mantener la distinción entre memoria (*mnéme*) o recuerdo (*anámnesis*) e *hypómnema* (el acto de recordar), pues todo archivo es hipomnémico. En otras palabras, es suplemento mnemotécnico de la memoria, es aquello que realiza el acto de recordar, por tanto de conservar, pero que en tanto suplemento, busca compensar una falta. El archivo mnemotécnico lucha contra el olvido, así como la escritura busca hacer presente la voz ahí donde ésta no está. En consecuencia, el archivo se constituye como materialidad, huella e inscripción; prótesis de la memoria que busca exorcizar la muerte.

⁴ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, pp. 24-25.

⁵ Derrida, *Mal de archivo, op. cit.*, p. 19.

“No hay archivo sin un lugar de consignación, sin una técnica de repetición y sin una cierta exterioridad. Ningún archivo sin afuera”.⁶ La paradoja que envía Derrida se inscribe en el hecho de que no hay archivo sin consignación en algún lugar exterior, pues es éste el que asegura la posibilidad de memorización, repetición, reproducción y re-impresión. Dicho de otra forma, no hay archivo sin iterabilidad de la huella en todo acto de inscripción. En consecuencia, esta lógica de la repetición es, desde el pensamiento freudiano, indisociable de la pulsión de muerte, esto es, de destrucción. En el corazón del documento, del monumento, de la huella, se introduce de antemano el olvido, lo que Derrida llama, lo arquivolítico: “El archivo trabaja siempre y *a priori* contra sí mismo”.⁷

Los historiadores trabajamos con documentos. H. I. Marrou lo señaló con una analogía singular: “La historia se hace con documentos, lo mismo que el motor de explosión funciona con gasolina”.⁸ Más adelante mostraba cómo los documentos no siempre se conservan como los historiadores lo desearían. Los silencios del pasado quedan en la sombra por falta de documentación. Su radical positivismo incluso lo llevó a afirmar que podría decirse que un genio maligno interviene con frecuencia para privar a los historiadores, como por placer, de las noticias que se buscan. Este comentario no es otra cosa más que la sospecha de que algo incognoscible trabaja contra la práctica del historiador, algo contra la posibilidad de la preservación de un archivo, y que impide poder transmitir la memoria. Marrou no supo que ese genio maligno no es otra cosa más que esa pulsión de muerte, de agresión y de destrucción que habita el archivo y que al mismo tiempo lo hace posible.

Los documentos son, en efecto, una de esas formas en las que el archivo se hace presente: soporte material, exterioridad, múltiples técnicas de reunión y de trazos de sucesos, planes, leyes,

⁶ *Idem.*

⁷ *Ibidem*, p. 20.

⁸ H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*, pp. 52-72.

descripciones. Pero estos documentos que conservan los sueños, las expectativas y las prácticas de mundos que no volverán, en las que una sociedad configuraba sus imaginarios y “realidades”, terminan, ya sea con intención o sin ella, consignados en un lugar; ese domicilio, esa casa en la que reunidos y distribuidos en un nuevo espacio y tiempo se les permite configurarse como archivo. El acontecimiento se testimonia, por lo tanto, en un afuera. El archivo se teje protéticamente. Imprime, marca sobre la superficie de una exterioridad, reservada en un espacio, institución arcóntica llamada archivo. El historiador no será otra cosa que ese mismo poder arcóntico y autorizado por una sociedad para mostrarle en el presente un pasado cargado de ausencias.

Pero es precisamente este archivo el que opera contra sí mismo por adelantado, borrando sus huellas en el trazo de otras. ¿Cuál es, por tanto, el mal de archivo que habita nuestros archivos como lugares que consigan los documentos, autorizados e interpretados por el poder arcóntico? La pregunta incluye en sí la primera respuesta, pero a modo de un quizá. Es precisamente lo más originario del archivo (*arkhê*) lo que trabaja por adelantado contra sí mismo, operando su propia destrucción para preservarse: el poder de consignación (un Estado, una institución, la universidad, las bibliotecas, el historiador, etcétera), de interpretación y de custodia es la condición de posibilidad de la preservación de una memoria, pero precisamente a condición del olvido: La memoria será la forma del olvido consignada en el poder arcóntico, en sus actos de borradura, del secreto, de la repetición y de la iterabilidad.

Todo trabajo sobre el archivo debería recordar aquí lo que Derrida envía para pensar: ¿cómo la actividad de esta pulsión de muerte que habita el archivo trabaja silenciosamente hurtándonos a los historiadores el deseo de memoria y de transmisión? No hay posibilidad de historizar las formas de escritura de la historia fuera de una reflexión sobre el trabajo silencioso de la pulsión de muerte, del acto archivolítico. El acceso al pasado, si bien es imposible fuera de la historiografía (observaciones sobre observaciones del

pasado), precisamente una reflexión sobre lo que las múltiples historiografías destruyen, borran y trazan, se hace necesario. ¿Quiénes son los arcontes que deciden sobre la puesta en edición de un documento, manuscrito, *dossier*, ensayo, etcétera? ¿Cómo se juega lo topológico (el lugar, el domicilio, el espacio físico de un archivo), lo nomológico (su fuerza de ley), el soporte y el sitio? ¿Cómo intervienen la autoridad hermenéutica legítima, la unificación, la identificación y la clasificación, en otras palabras, la unificación de los signos y las huellas? ¿No es ello precisamente en lo que Derrida insiste y da de qué pensar cuando señala que una ciencia del archivo debe incluir la teoría de su institucionalización?⁹

Con esto, la práctica del historiador no puede seguir reducida a un mero análisis positivista de las fuentes, pero tampoco al conjunto de competencias hermenéuticas que disponen e interpretan el pasado, que lo consignan y lo transmiten. En esto la teoría de la historia actual ha evidenciado la necesidad de una más acá de estos aspectos.

Habría que pensar cómo los documentos, los testimonios en una grabadora, los testigos, trabajan inconscientemente para borrar y preservar la memoria: la repetición de un tema histórico, las historiografías y los revisionismos lo hacen en esta dirección. La historia se reproduce en los archivos, repite un pasado a partir de eso que De Certeau llama “redistribución del espacio”, ese gesto propio del historiador de reunir y poner aparte. Pero, además, los archivos se imprimen reproduciéndose y repitiéndose en los diversos soportes materiales que permiten y creen asegurar un pasado ahí donde éste se diluye en el poder arcóntico que establece una memoria.

Derrida recuerda, a partir de estas observaciones, precisamente el trabajo del ensayo “Freud y la escena de la escritura”,¹⁰ para trazar el horizonte de su reflexión sobre el archivo: el lugar que

⁹ Derrida, *Mal de archivo, op. cit.*, p. 11.

¹⁰ Jacques Derrida, “Freud y la escena de la escritura”, pp. 271-317.

ocupa el artefacto que Freud encuentra para representar el afuera de la memoria como una archivación interna, el bloc mágico no deja de remitir a las relaciones entre el modelo de archivación, la técnica, el tiempo y la muerte. De esta manera nos abre algunos retos a los historiadores, desde la cuestión de la técnica de los nuevos soportes de archivación, de impresión, de inscripción y de reproducción; de cifrado y traducción de marcas.¹¹ El “bloc mágico” representaba para Freud al inconsciente, pues le permitía hacer visible la cuestión de la borradura y el resto que quedaba por debajo de la nueva superficie de inscripción. Este bloc mágico, prótesis de la memoria, constituye una primera representación del concepto de archivo, pues todo archivo que guarda una memoria siempre deja una latencia, no visible a la mirada del historiador. Habría que pensar cómo funciona el archivo, a partir de otras formas de conservación en los nuevos dispositivos técnicos de archivación y reproducción y de todo tipo de prótesis de la memoria: las memorias portátiles, los CD-ROM, el correo electrónico y, principalmente, la internet. Esta última se ha convertido en el lugar que repite iterativamente la memoria, al duplicar el archivo físico en múltiples sistemas electrónicos de información, en donde un sitio te remite a otro y ese a otro, en una cadena infinita de trazos sin fin. Estas prótesis no sólo conservan, sino que al mismo tiempo borran aquello que debe ser quitado por cuestiones legales o políticas, pero siempre dejan un resto, una huella de algo que estuvo ahí.

Hasta aquí, lo que se puede ir infiriendo es que, de cierta manera, el acontecimiento nunca es, salvo en el orden del discurso dispuesto por los procesos de archivación, consignación y ley. El archivo performa aquello que nombramos como acontecimiento, performatividad en relación con aquello que ya no está, eso otro ausente que se nombra como pasado, que escapa al instante del presente y que ronda, finalmente, sólo como espectro. Permite

¹¹ Derrida, *Mal de archivo*, *op. cit.*, pp. 22-24.

una cierta experiencia del tiempo al producirse en una ficción de la palabra, esto es, en una escritura. De este modo, lo que se puede problematizar como deconstrucción en curso del concepto de archivo es que *el discurso histórico, atravesado por los soportes y la técnica, deviene como una espectrografía, en donde aquello que llamamos lo virtual (la mediación teletecnológica) permite una experiencia del tiempo en donde lo Real es lo que se resiste siempre a ser simbolizado y al mismo tiempo es su condición de posibilidad.*

¿Cómo es que, en el quehacer historiográfico, el espacio de la memoria es transformado por las nuevas tecnologías de la comunicación y sus continuas y aceleradas mutaciones? La respuesta es que se da a través de lo virtual, de algún modo, también de lo inconsciente del mal de archivo.

Para Derrida, el acontecimiento es transformado y performado por la técnica, por los soportes de archivación y por los distintos modos de consignación, para venir a obturar nuestra relación con el tiempo. En *Ecografías de la televisión*, comienza pensando precisamente el tiempo en relación con toda palabra pública. Ésta se produce artificialmente; en consecuencia, es un artefacto. Si relaciono aquí cómo Derrida está pensando el acontecimiento que se da a ver en la actualidad, a través de los medios de comunicación, con el concepto de archivo, se puede afirmar que son los medios y sus múltiples formas de archivación, consignación, interpretación, repetición y difusión, los que técnicamente crean el acontecimiento, al producirlo. Todo acontecimiento es puesto en técnica en su momento actual, ya sea para darlo a ver en su propio tiempo presente o para archivarlo, deliberadamente o sin intención. Derrida dará arriesgadamente dos sobrenombres generales a dos rasgos de esta transformación que hace la técnica al producir y transformar el acontecimiento: “artefactualidad” y “actuvirtualidad”.¹² Por “artefactualidad” se ha de entender cómo

¹² Jacques Derrida y Bernard Stiegler, *Ecografías de la televisión. Entrevistas filmadas*, p. 15.

la actualidad es producida, investida e interpretada por múltiples dispositivos técnicos, ficticios o artificiales, selectivos y determinados por poderes e intereses; a eso se llega, afirma Derrida, a través de una hechura ficcional. Hay artefactualidad operando también dentro del archivo, que por esta vía produce ya el acontecimiento ocurrido en el tiempo. Esto vuelve a poner en duda la posibilidad de que existan hechos históricos independientemente de quien los observa, pues ello tiene que ver no sólo con sujetos específicos (historiadores) y el acto historiográfico (el conjunto de observaciones que observan), sino con esta artefactualidad presente en los medios de comunicación y en el archivo. El archivo performa con su soportes y sus técnicas de manejo de la información; de los testimonios y de las pruebas; la técnica anula el acontecimiento, pero para producirlo.

La historiografía está llamada a tratar en el simulacro la singularidad del acontecimiento y su borrado a partir de un trabajo sobre lo reprimido en el archivo. Suscribiendo estas ideas de Derrida, se puede decir que el mal de archivo que borra y produce el acontecimiento implica un llamado a responder a lo imprevisible por-venir, sin el cual ninguna posibilidad de memoria y de hacer memoria es posible. Como el acontecimiento se borra en la memoria que lo repite, la historiografía, en su acto de duelo imposible, podría articular una escritura de la historia para no olvidar ese borrado constitutivo de la memoria. Si el acontecimiento deviene en un simulacro, puede entenderse por qué Derrida articula la noción de espectro al hablar del acontecimiento. En varios trabajos se refiere a ello: los espectros aparecen desde que hay inscripción o registro técnico: “Como sabemos que, una vez tomada, una vez captada, tal imagen podrá ser reproducida en nuestra ausencia, estamos ya asediados por ese futuro que lleva nuestra muerte. Nuestra desaparición ya está allí”.¹³

¹³ *Ibidem*, p. 141.

¿Qué significa entonces esta proliferación de espectros o de fantasmas producidos por la técnica, la impresión y cualquier otro tipo de soporte? Los espectros no son sólo aquello que nos mira y cuya mirada no podemos cruzar; son también lo que regresa, el retorno de lo que ha pasado, el retorno en otro, lo que altera la cronología, pues lo que ha pasado se vuelve por ellos futuro.¹⁴

A fin de cuentas, lo que Freud pone en juego con estas imprints es lo que Derrida señala como esencial en esta reflexión: que el archivo como impresión, como técnica, no solamente es un lugar de almacenamiento y conservación. La estructura técnica del archivo archivante determina la estructura del contenido archivable en su surgir mismo y en su relación con el porvenir, pues la archivación produce el acontecimiento tanto como lo registra.¹⁵

Las nuevas técnicas archivadoras en curso deben recordar que no sólo tienen que ver con el acto de registro y conservación, sino con la institución misma del acontecimiento archivable, el contenido impreso de la impresión. El archivo ejerce así su función arcóntica: el de ser aval, pero aval del porvenir.¹⁶

En esta misma acción protética de la memoria se sitúa la *pulsión de archivo*. Su condición de posibilidad está dada en el mismo soporte, como Freud la pensó con la representación del bloc mágico para el inconsciente: bajo la forma de una pulsión de destrucción, la propia pulsión de conservación. Mal de archivo implica que no hay deseo de archivo sin la posibilidad de olvido, sin la amenaza de la pulsión de muerte. Hay que notar, en consecuencia, cómo la condición de posibilidad del archivo es la de sustraerse para preservarse. La memoria es una forma de olvido, y el archivo la ejerce en tanto suplemento.

¹⁴ Cfr. Jacques Derrida, *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo de duelo y la nueva Internacional*, a propósito de esta idea de lo espectral que nos mira sin saberlo.

¹⁵ Derrida, *Mal de archivo, op.cit.*, p. 24.

¹⁶ *Ibidem*, p. 25.

Los nuevos soportes de archivación de los actuales medios de comunicación, son al mismo tiempo soportes de su propia destrucción: encriptan, resguardan silenciosamente aquello que ocultan en su propia materialidad. Es decir, resguardan aquello que no debe ser recordado en nombre de luchar contra el olvido. Que se piense si no, como afirma Derrida, por qué tantos revisionismos historiográficos, tanta iterabilidad de acontecimientos, cada vez más vueltos a visitar por la historiografía; tanta urgencia por legislar la internet y sus formas de registro y conservación; la puesta en duda de un Estado que neutraliza el acontecimiento a partir del control de toda prótesis de la memoria. Archivos, bibliotecas, museos, discurso histórico, todo dispuesto para la construcción de una identidad que no se sustrae jamás a la idea de un retorno al origen en nombre de un futuro deseado como un bien hurtado.

Así, el bloc mágico viene a enfatizar, en tanto modelo técnico de la memoria, cómo todo proceso de archivación no puede ser pensado fuera de esta triple relación: la historia archiva por medio de técnicas, estableciendo y organizando el tiempo en una sucesión temporal que sólo es inteligible a través de la narrativa historiadora. Tiempo, muerte y escritura que sólo se construyen mediante esos restos que tratan de conjurar el mal de archivo invistiendo la memoria bajo una lógica: la escritura de la historia.

No hay escritura de la historia sin soportes de archivación, consignación y fuerza de ley; tampoco acceso a los archivos sin poner a andar las mismas operaciones que una vez archivaron. Con todo esto, se puede observar cómo el archivo conserva y borra, abriendo así un cuestionamiento importante en torno de la certeza de la presencia o ausencia de un acontecimiento evidenciado empíricamente en un archivo; éste, por otra parte, abre la posibilidad de pensar en archivos inconscientes o, más propiamente, virtuales.

La posibilidad de archivos inconscientes o virtuales, es establecida por Derrida a partir de la noción de impresión.¹⁷ Ésta está inscrita en una doble problemática: la de la supresión y represión en los nuevos modos de registro e impresión propios de la actualidad.

Uno de los sentidos de la palabra “impresión” envía a la historiografía una demanda reflexiva que se verá más adelante. La primera impresión es *escritural* o *tipográfica*. Trata sobre la inscripción, como lo afirmó Freud, en el sentido de la marca puesta sobre la superficie o en el espesor de un soporte. Para Derrida, la palabra impresión es la figura tipográfica de la prensa, de la imprenta y de la impronta.

Con esto, Derrida abre un problema de traducción: la imposibilidad de unir en la historia dos traducciones, *Verdrängung* por “represión” (en inglés “repression”, y “represión” en español). Palabras todas que pertenecen a la familia misma de *impression*. Derrida explica que la palabra *Verdrängung* suprime siempre una impresión. Por otra parte, la palabra *Unterdrückung* se traduce al inglés como *suppression*, y como “supreión” en español.¹⁸ La diferencia conceptual de ambas palabras implica directamente la estructura de la archivación. Esto es lo que, me parece, pone en juego Derrida: las diferencias tópicas, los soportes de las huellas y la consignación de éstas de un sistema a otro. La represión (*Verdrängung*), dice Derrida en su lectura de Freud, permanece inconsciente en su operación y en su resultado. La supresión (*Unterdrückung*, sofocación) opera lo que Freud llama “segunda censura” (represión secundaria), que afecta al afecto, es decir, aquello que jamás se deja reprimir en el inconsciente sino sólo suprimir

¹⁷ *Ibidem*, pp. 34-35.

¹⁸ El traductor de *Mal de archivo*, Paco Vidarte, aclara que la traducción de Freud al español realizada por José L. Etcheverry, emplea “sofocación”, pues “supreión” en español significa aniquilar, y en Freud se trata de deseos reprimidos que siguen existiendo. *Ibidem*, p. 36, n. 5.

(sofocar), desplazándose a otro afecto. Aquí hay que recordar, para aclarar más esta lectura de Derrida del texto freudiano, una lección psicoanalítica: el afecto está ligado a una representación. La supresión ocurre en el momento en que el displacer se sofoca para encauzarse hacia otro afecto. Una vez que el afecto se liga a otra representación, se puede hablar del síntoma. Por otra parte, la represión es el momento en que el afecto se desliga de la representación, quedando en el inconsciente sin posibilidad de vuelta a la conciencia: “su esencia consiste [la de lo reprimido] en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella”.¹⁹ Lo reprimido se aloja en el olvido, mientras que lo sofocado se liga a otra representación y produce un síntoma. Los problemas de esta historia de traducción, las diferencias semánticas, pero, principalmente, la cuestión de archivación que estructura esta diferencia entre las palabras “represión” y “supresión”, significan un desafío que Derrida lanza a todo proceso de registro/archivación en general y en particular a los historiadores:

¿Cómo deberían tomar en cuenta los archiveros o los historiadores clásicos en su epistemología, en su historiografía, en sus operaciones tanto como en sus objetos, esta distinción entre *refoulement* y *répression*, entre represión y supresión, entre *repression* y *répression*, entre *Verdrängung* y *Unterdrückung*, entre *repression* y *suppression*? Si esta distinción tiene alguna pertinencia, ella sola se bastaría para conmover el tranquilo paisaje de todo saber histórico, de toda historiografía e incluso de toda *scholarship* consecuente.²⁰

Se trata, en consecuencia, de un desafío que problematiza a la historiografía, tanto en su epistemología como en el modo de tratamiento de su objeto, y por extensión a toda institución archivística. Dos conceptos impresos en las hojas y en los campos de este tranquilo paisaje del saber histórico se encargan de esta

¹⁹ Sigmund Freud, “La represión”, p. 34.

²⁰ Derrida, *Mal de archivo*, op. cit., p. 36.

conmoción; dos pensamientos: aquel que he llamado aquí “del resto”, descrito a partir de la noción derridiana de la huella, y el del inconsciente freudiano. La huella y el inconsciente vienen a conmover esta tranquilidad del espacio historiográfico, desde el momento en que no permiten pensar más la certeza de una conciencia plena de sí misma; por lo tanto, la seguridad de conservar, de tener y poner a salvo toda memoria, así como de recuperarla a través de las huellas y de manera segura el pasado, lo pasado, tal como fue. Porque a partir de esto, el mal de archivo no sólo trabaja contra todo deseo de memoria, sino que hace imposible una presencia plena de acontecimientos en el archivo y sus soportes (vestigios o documentos). Éstos siempre están diferidos, pospuestos. Diferidos al posponerse en múltiples repeticiones, reproducciones e inscripciones. Huellas que toda pulsión archivística consigna; al ser reunidas las huellas, éstas están puestas originariamente a la deriva.

En el archivo, si la huella está diferida en tanto inscripción impresa sobre un soporte que es otro archivo, por ejemplo, el documento, entonces, ¿cómo pensar lo impreso y la impronta, aquello que las huellas mismas reprimen y aquello que suprimen (sofocan)? ¿Cómo afecta esta distinción al espacio historiográfico en el que toda escritura de la historia se imprime? Desde la cuestión de la represión y de la supresión, Derrida anticipa lo que caracteriza uno de los diálogos que realiza en *Mal de archivo*: acontecimientos reprimidos, aparentemente ausentes; huellas no suprimidas en los documentos, vestigios o monumentos.

Este anticipo que hace Derrida a partir de la posibilidad de acontecimientos reprimidos y ausentes en un archivo, ha de ser pensado desde la teoría de la historia. Ésta muestra actualmente que la historiografía es la recopilación de un tiempo de ausencias.²¹ Si en esta idea que imprimió Michel de Certeau se percibe

²¹ Cfr. De Certeau, *Historia y psicoanálisis, op. cit.*, pp.115-123, el apartado “Lo ausente de la historia”.

ya el tono de la imposibilidad de recuperar un pasado, la noción de huella, inscripción, impronta, el acto de represión y supresión, vienen a mostrar que el conocimiento histórico suprime, reprime y, al mismo tiempo, repite el acto mismo de la supresión y represión; todo esto al momento de imprimirse y frente al deseo de memoria. La pulsión de muerte teje las impresiones, las represiones y las supresiones.

Pero, ¿en qué cambia el archivo si se borra y preserva, ya por una represión, ya por una supresión?: en la performatividad del acontecimiento que permite ver, como se mostró en el apartado anterior. Todo acontecimiento sofocado retorna diferente, como en psicoanálisis, a través de un acto fallido; la historia es el retorno de lo reprimido, pero en su segunda censura, la de la sofocación. Pero aquello que se reprime, que el archivo mismo olvida, escaparía a la mirada del historiador, aun ahí donde las huellas están dispuestas e impresas en el documento o texto histórico. Lo sofocado se hace síntoma, puesto que está alojado como huella mnémica en el inconsciente, transferido a otra representación, pero lo reprimido está desplazado, olvidado, se sustrae a la mirada del historiador, pero actúa. Lo que no se recuerda, se actúa. Es el acto que deja huella del borrado y del olvido. Sin duda la diferencia puede venir a complicarse más, en la medida en que los historiadores leamos con detalle a Freud. El historiador ha trabajado sobre las sofocaciones propias de las huellas del archivo, pero no sobre lo reprimido. Esto se clarifica precisamente en el momento en que Derrida lee al historiador norteamericano del judaísmo, Yosef Yerushalmi.

En su diálogo con este historiador, Derrida parte de la problemática de no poder plantear definitivamente la cuestión de la historia del concepto y del concepto mismo de archivo; su cuestionamiento interroga hasta dónde disponemos ya de un concepto de archivo, que sea uno y cuya unidad esté asegurada.²² Para él, esta cuestión está vuelta hacia el pasado, pues al interrogar tal

²² Derrida, *Mal de archivo*, *op. cit.*, pp. 41-42.

disposición y unicidad, se suponen una herencia y una garantía selladas que remiten a la memoria consignada y significan fidelidad a la tradición. Es desde este cuestionamiento que Derrida plantea una problemática y una pregunta distinta: “Al igual o más que una cosa del pasado, antes que ella incluso, el archivo debería *poner en tela de juicio* la venida del porvenir”.²³

Por lo tanto, Derrida, al interrogarse por el archivo del psicoanálisis, deja a los historiadores algunas preguntas: ¿cómo tratar los archivos históricos?, ¿es suficiente tratar los archivos con los métodos históricos clásicos transmitidos, creyendo en la unidad del archivo?, ¿son suficientes los procedimientos de análisis historiográficos y los análisis hermenéuticos para tratar los archivos y los archivos-fuentes, sin pasar por lo que el psicoanálisis posibilita para tratar el olvido y la memoria? Si la escritura de la historia ha de hacer caso a esta lección freudiana mostrada por Derrida, conviene comprender la consistencia del diálogo de este último con Yerushalmi y su libro *El Moisés de Freud: judaísmo terminable e interminable*.

El contexto de este diálogo se da en que, para Derrida, la cuestión del archivo no es un asunto del pasado. Aquí, si algo debe quedar claro para comprender la deconstrucción en curso del concepto de archivo, es que éste tiene que ver con el porvenir. “No es la cuestión de un concepto del que dispusiéramos o no dispusiéramos *ya* en lo que concierne al *pasado*, un concepto *archivable del archivo*”.²⁴ El archivo tiene que ver con el porvenir, con la promesa y con la responsabilidad para el mañana. Este porvenir, para Derrida, está atado al quizá, en el sentido nietzscheano de lo porvenir como quizá y de los filósofos del quizá: “Una mesianicidad espectral trabaja el concepto de archivo y lo vincula, como la religión, como la historia, como la ciencia misma, con una experiencia muy singular de la promesa”.²⁵ Derrida aclara que

²³ *Ibidem*, p. 42.

²⁴ Derrida, *Mal de archivo*, *op. cit.*, p. 44.

²⁵ *Idem*.

esta mesianicidad ha de entenderse como una mesianicidad en el sentido de una promesa sin promesa, en el sentido de apertura a lo imprevisiblemente otro, sorpresivo, siempre por-venir, dado que la mesianicidad se quiebra en el momento en que se identifica con un nombre propio, persona, proyecto, programa o cálculo.²⁶

Para Derrida, el nervio del argumento que abre la reflexión medular sobre el archivo está en el caso que argumenta este historiador del judaísmo, en el último apartado de su libro, intitulado “Monólogo”. Dialogando con el espectro de Freud, lo interroga sobre la judeidad del psicoanálisis, y acerca de si aceptaría, en última instancia, que este saber sería o no una ciencia judía. El caso que usa para argumentar esto, y que aquí interesa para pensar el archivo, tiene que ver con la cuestión de la presencia o ausencia plena de un acontecimiento conservado en el archivo, particularmente en el archivo de la Biblia respecto al crimen perpetrado contra Moisés por su pueblo; la discusión acerca de si fue o no asesinado. Recuérdese aquí que en *Moisés y la religión monoteísta*, Freud propuso la hipótesis histórica de dos Moisés: uno que fue asesinado por su pueblo y el otro que concluyó la empresa de llevarlo a la tierra prometida. Freud sostuvo ahí que Moisés fue asesinado, y esto es importante, a pesar de que no haya testimonio evidente de un acontecimiento así, pues el pueblo de Israel reprimió, en el sentido psicoanalítico, dicho acontecimiento.

Yerushalmi le propone a Freud que si Moisés hubiese sido efectivamente asesinado por su pueblo (Yerushalmi dice “por nuestros ancestros”), el asesinato no hubiese sido reprimido sino recordado, conservado en la memoria y registrado con todo y sus detalles más sensibles. Su argumentación, muestra Derrida, ofrece pruebas, citando a los rabinos del *Midrash*, en donde se puede leer cómo toda la comunidad hablaba de lapidar a Moisés y a Aarón, hasta que apareció la gloria del Señor: “Esto nos muestra que aquellos [los israelitas] lanzaban piedras y que la nube [de la gloria

²⁶ Derrida, *Espectros de Marx*, op. cit., pp. 186-196.

del Señor] las interceptaba”.²⁷ Yerushalmi, dice Derrida, quiere finalmente convencer a Freud de que si quisieron matar a Moisés, y esa intención permaneció en la memoria y en el archivo, lo importante es que los judíos no lo asesinaron efectivamente, pues no hay evidencia en el archivo que atestigüe lo contrario.

En esto Derrida hace ver que este gesto de Yerushalmi supone ciertas certezas respecto del archivo, como si no se pudiera:

recordar y archivar lo mismo que se reprime, archivarlo reprimiéndolo (ya que la represión es una archivación), es decir, archivar *de otro modo*, reprimir el archivo archivando la represión; *de otro modo*, por supuesto, y éste es todo el problema, distinto de los modos de archivación corriente, consciente, patente; de otro modo, es decir, según la vías que han apelado al desciframiento psicoanalítico, en verdad, al psicoanálisis mismo.²⁸

Para Yerushalmi es claro que no hay evidencia ni archivo que testimonie el asesinato de Moisés. Pero Derrida interroga a Yerushalmi ahí donde éste está atrapado en la seguridad metafísica y en la certeza objetiva de la operación historiográfica más clásica, pues le pregunta cómo puede estar tan seguro de que el asesinato en cuestión no ha sido suficientemente recordado y archivado en la memoria de Israel; cómo puede probar la ausencia de un archivo sino sólo ateniéndose a las normas clásicas de presencia/ausencia, las cuales asumen que lo presente es plenamente presente y lo ausente plenamente ausente. Le pregunta, asimismo, que si un archivo no está actualmente presente, ¿verifica éste algún acontecimiento?; por último, le interroga por qué no tener en cuenta archivos inconscientes y, mejor, virtuales.

Derrida asume, por otra parte, que Yerushalmi sabe que Freud tuvo como propósito analizar, en concreto, la aparente ausencia

²⁷ Derrida, *Mal de archivo*, *op. cit.*, p. 73. Las palabras entre corchetes son también de Derrida.

²⁸ *Ibidem*, p. 72.

de memoria y de archivo, con toda su clase de síntomas: signos, figuras, metáforas y metonimias que colmen virtualmente toda una documentación de archivo allí donde el historiador ordinario no puede identificar ninguna. Con estas interrogantes, Derrida abre un nuevo modo de pensar el archivo desde Freud, y endilga a los historiadores y a la institución arcóntica un nuevo modo de relación con el archivo.

Si el asesinato no tuvo lugar más que virtualmente, esto es, sólo como un haber estado a punto de tener lugar, hace la cuestión bastante problemática y frágil. Derrida afirma que esto da qué pensar, pues, al menos, lo que se puede observar es que la intención de matar sí fue efectiva y actual; por tanto, llevada a término en tanto intención: “Ha habido pasaje al acto, las piedras fueron lanzadas de hecho, continuaron siendo lanzadas mientras que sólo la intervención divina las interceptaba”.²⁹ Con esto, Derrida afirma que lo que el archivo deja ver es que en ningún momento el crimen fue interrumpido por los israelitas, sino por un dios. Además, sumado a esto, Derrida se pregunta qué diferencia hay entre un asesinato y una intención de matar, porque el inconsciente ignora la diferencia entre lo virtual y lo actual, entre la intención y la acción.

En este momento de la contraargumentación derridiana, se desprende algo de suma importancia para comprender hasta dónde puede dislocarse el tratamiento que hace Yerushalmi y hasta dónde puede llegar la deconstrucción del concepto de archivo: de todos modos el inconsciente puede haber preservado –incluso si ha habido represión– la memoria y el archivo de la intención de matar, del pasaje al acto de este querer-matar (tal y como parece evidente en las fuentes que utiliza Yerushalmi, particularmente el *midrash*), ya que una represión también archiva aquello cuyo archivo disimula o encripta, afirma Derrida.³⁰

²⁹ *Idem.*

³⁰ *Idem.*

Para Derrida, Yerushalmi insiste en concluir que Moisés no fue asesinado porque un acontecimiento de esta naturaleza no habría sido olvidado sino recordado, pues la tradición bíblica nunca ha ocultado los pecados más grandes del pueblo de Israel. Tendría que haber testimonio que siempre lo estaría recordando, pero, precisamente, no hay testimonio presente por completo que evidencie el crimen contra Moisés. De ahí que Derrida observe que basta con leer los textos que el mismo Yerushalmi cita para concluir lo contrario: que la intención de matar ha sido efectiva; por tanto, también el pasaje al acto, y esto, además, ha dejado un archivo guardado como en el inconsciente. Incluso si la intención criminal no se hubiera llevado al acto, hay ya una represión. Se abre así el campo problemático de la posibilidad de archivos virtuales, o más propiamente dicho, de archivos inconscientes: toda represión deja huella de su acto de represión o, dicho en otras palabras, todo aquello que se borra, por el mal de archivo, deja huellas del borrado.³¹

Cabe señalar que, para Derrida, el punto importante a tratar no se da en torno a la discusión con respecto a si Moisés fue o no asesinado por su pueblo. Para este filósofo es una cuestión indecidible. El crimen de Moisés es sólo un ejemplo del modo de tratamiento que Yerushalmi hace de la historia del psicoanálisis en lo particular, y de la historia en general. Aquello de lo que Yerushalmi no se pudo percatar es que ha sido el mismo Freud, con la invención del psicoanálisis, quien ha hecho posible pensar el archivo de otro modo, a partir del mecanismo singular e inédito que ofrece a los historiadores: un mecanismo distinto para pensar el olvido y la memoria: el archivo. Yerushalmi evidencia un tratamiento contradictorio, paradójico e indecidible, pues ahí donde, como historiador, construye toda una argumentación histórico-

³¹ Que toda borradura deje huella del borrado, lo enuncia muy bien Goldschmit en su lectura de *Mal de archivo*. Vid. Marc Goldschit, *Jacques Derrida. Una introducción*, pp. 91-95.

científica respecto al psicoanálisis y a Freud, en esa operación de restitución de Freud al judaísmo cede a algo más que una mera ficción, no tiene otro remedio que dialogar con un espectro, pues construye todo un monólogo ficticio con Freud. Con esto, la deconstrucción que opera Derrida permite ver que toda borradura, debido al acto de autodestrucción, de pulsión de muerte, deja un resto, una ceniza, una huella del borrado, abriendo la posibilidad de archivos inconscientes o virtuales.

Para Derrida, el psicoanálisis llama a revolucionar la problemática del archivo: impronta e imprenta, éste permite pensar el almacenamiento de las impresiones y el cifrado de las inscripciones; en otras palabras, tanto la censura y la represión como la supresión de los registros. En su discusión con Freud, Derrida deja clara la necesidad de pensar a los medios de comunicación como comunicación de los archivos. *Mal de archivo* permite pensar incluso cómo la pulsión de muerte atraviesa los archivos en el momento en que éstos reprimen acontecimientos, los borran, pero dejando siempre una huella del borrado, accesible en el momento en que toda represión deja huella de lo reprimido. Esto lleva a los siguientes cuestionamientos: ¿cómo tratar con el archivo de otro modo? y ¿cómo establecer una nueva relación, más allá de una remisión al origen del acontecimiento archivado y visible para su tratamiento arcóntico?

DEL ARCHIVO Y LAS CENIZAS

Separándose de sí misma, formándose allí toda ella, casi sin resto, de un solo trazo la escritura reniega y reconoce la deuda, hundimiento extremo de la firma, lejos del centro, incluso de los secretos que allí se comparten para dispersar hasta su ceniza.

Jacques Derrida

Mal de archivo deja claro que no es posible pensar el archivo sin el precedente freudiano, sin las nociones de inconsciente y pulsión

de muerte, así como tampoco es posible pensar y hacer historia sin vincularnos a la teoría psicoanalítica.

Suele afirmarse que las conclusiones de un texto deben venir a recapitular lo escrito, a través de una tarea de sintetizar sustancialmente los motivos, las argumentaciones y la demostración o muestra de una serie de supuestos evidenciados o probados, para ser reconocidos por una comunidad científica, en este caso, la de los historiadores. Sin embargo, ¿cómo concluir un trabajo que se ha sostenido como el motivo de una deconstrucción en curso, abierta a un imprevisible por-venir? Decir “archivo” en esta sección permite que se introduzca la ceniza como resto abierto a un por-venir, al mismo tiempo que hace posible eludir la convención metodológica de unas conclusiones como cierre o fin de este trabajo. Por el contrario, abre la posibilidad de seguir pensando lo que aquí se ha tratado: el concepto de archivo archivado. Sin duda, se trata también de un gesto que actúa su propio archivo, pero con un querer ser abierto al porvenir. La función de esta sección, como la de otro texto, se inserta en el motivo de la ceniza. De ahí que, a modo de cenizas, se puedan enunciar los envíos que Derrida manda a la escritura de la historia:

Primera ceniza. Advertencia inaugural: “Archivo incompleto que todavía sigue ardiendo o ya está consumido”.³² Con Freud ha sido posible pensar el archivo ardiendo o consumiéndose, sin que en ningún momento pueda decirse que se ha quemado completamente. Va dejando su ceniza al estar habitado por esa pulsión de muerte, de destrucción y de repetición. El archivo se destruye para conservar(se). Conserva y abre el porvenir borrándose, destruyéndose, reprimiendo y sofocando el acontecimiento. De ahí que el archivo no es igual a la memoria. Mezcla sus cenizas, siempre con otra cosa. Custodiado por un poder, legitimado por una autoridad hermenéutica –los historiadores–, el archivo no es mero depósito de una tradición sino relación singular con lo que

³² Jacques Derrida, *La difunta ceniza*, p. 13.

en otra parte Derrida llama “la vida la muerte”. Así, el archivo no da a ver el acontecimiento, es el acontecimiento por-venir. Reprimidos, sofocados, los acontecimientos retornan, en el juego de la pulsión de muerte, en *la vida la muerte*. ¿Qué puede decir(nos) a los historiadores otro concepto de archivo que se hace ceniza en acto, al mismo tiempo que piensa la ceniza, el resto, lo reprimido, la muerte?: “Hay ahí ceniza”.³³

Segunda ceniza.³⁴ “*Hay ahí ceniza*”. *La frase se retiraba, sin esperarme, hacia su secreto. La frase se retira y hace su secreto. El secreto del archivo, que ya no sería un secreto: la posibilidad de archivos inconscientes, virtuales.* Para los historiadores esto significa no otra cosa que la posibilidad de asumir que hay acontecimientos reprimidos y no siempre sofocados. Aquellos acontecimientos que al parecer no han sido registrados o no han dejado huella, dejan otro tipo de huella en el acto mismo de su represión, de su aparente borradura. No están plenamente presentes, pero tampoco ausentes por completo. Y esto, como se ha visto, es *de facto* ya una propiedad de toda escritura en general, de toda marca e inscripción iterable. Una historia de la mirada de la observación del acontecimiento, estaría llamada a observar también las huellas del borrado aquello reprimido que escapa aparentemente a la mirada.

Hay represión y no siempre sofocación. En esto se juega mucho eso que se llama el sentido del acontecimiento. El archivo-fuente está constituido también por huellas y huellas del borrado; reprime, mas no siempre sofoca. El trabajo del historiador habría de

³³ *Ibidem*, p. 11.

³⁴ Aquí, y en las siguientes “cenizas”, me tomo la libertad de intervenir el texto de Derrida, parafraseando, o bien agregando mi propia escritura, al polílogo del libro que estoy citando, *La difunta ceniza*. De hecho, más que parafrasear, tomo las frases poéticas para transformarlas a modo de variaciones sobre el mismo tema, pensando en el discurso histórico. El texto correspondiente a Derrida se mantiene en cursivas, mientras que mis intervenciones aparecen en letra normal. Esta variación corresponde a la página 17. En adelante se irán citando las páginas de acuerdo con las convenciones de las normas del aparato crítico que se han seguido en este artículo, reiterando que son variaciones sobre el mismo poema.

operar sobre aquello reprimido, que retorna de otra manera, esto es, desde las huellas de su borradura. Estos acontecimientos reprimidos no han sido trabajados con suficiencia, si no es que nunca, debido a la certeza metafísica que atraviesa al discurso histórico: la evidencia tranquila de la presencia/ausencia, pensando que si no hay fuente, testimonio o vestigio plenamente presente, no hay acontecimiento. Esta evidencia tranquila se derrumba desde el momento en que el psicoanálisis, deconstruyendo y haciendo posible una ciencia general del archivo, posibilita pensar acontecimientos reprimidos que retornan desde las huellas de su borradura.

Tercera ceniza. *Escuchándola tan sólo, con los ojos cerrados, me gustaría tranquilizarme susurrando hay ceniza [...] Había que descifrar sin perder el equilibrio, entre el ojo y el oído. Susurrar la ceniza entre el ojo y el oído. Una historia está ahí como una historia por contar: la historia es una ceniza que está ahí esperando ser contada. La ceniza, una vieja palabra gris: la historia es ceniza, vieja y gris.*³⁵ Si lo que hacen ambos textos —el de Freud y el de Yerushalmi—, desde la lectura que Derrida lleva a cabo, es poner en duda la certidumbre de la presencia y ausencia plenas, entonces lo que se juega en la escritura de la historia es el problema del sentido, tanto de la escritura misma como de los acontecimientos. Ya se ha visto cómo la deconstrucción, por el lado de la escritura, derrumba la certeza respecto a que la escritura sea una representación de algo ausente, en este caso, el pasado; y cómo la escritura, al ser iterable, puede jugarse, en cuanto a su sentido, fuera de todo absolutismo del contexto hermenéutico o semiótico. Con todo esto, y sumado a cómo en el archivo toda represión —borradura— deja un síntoma, una huella de ese borrado, un resto, un retorno, entonces no se puede asegurar que una historia por contar o ya contada esté plenamente presente o ausente. La escritura de la historia se constituye a sí misma, en el acto propio de inscribirse, como un archivo; es ya archivo puesto en acto. Pero al mismo tiempo esta escritura

³⁵ *Idem.*

de la historia sólo puede darse a partir del archivo en lo general. En consecuencia, un acontecimiento alojado en el archivo no es plenamente legible ni ilegible, a causa de la represión y la sofocación. El sentido que se pueda dar a un acontecimiento pasa por la ceniza, por el resto de la borradura, de lo reprimido; paradójicamente, la historia, al mismo tiempo, espera ser contada. El sentido se constituye como una escritura y una palabra gris, vieja ceniza.

Cuarta ceniza. *Tema polvoriento de la humanidad: archiva, resguarda, consume la imagen inmemorial descompuesta: la historia está ahí, como la ceniza, inmemorial. Ya sea metáfora o metonimia de sí, porque el destino de la historia es estar separada de aquello que la funda al estar como ceniza en el presente. La historia es ceniza, en tanto se consume como una ceniza de ceniza. ¿Quién se atrevería aún a arriesgarse al poema de la ceniza?: el poema de la historia es la ceniza. Memoria perdida para lo que ya no es de aquí. La ceniza ya no está aquí, ¿lo estuvo alguna vez?*³⁶ *Mal de archivo*, con Freud, después de Freud, gracias a Yerushalmi y contra él, invita a (nos) otros historiadores a volver a pensar qué es aquello que se ha de entender como acontecimiento, si éste puede decirse³⁷ y cómo es que se puede observar aquello que ha tenido lugar alguna vez y que sólo lo tiene en tanto un presente lo acredita, desde el conjunto de operaciones instituyentes del archivo, con el archivo y en el archivo. El acontecimiento, desde esta perspectiva, está dislocado, pues no hay un acceso a éste en cuanto tal independientemente de la mirada del historiador sobre el archivo y su relación con éste. De ahí que, por eso, el poema de la historia sea el poema la ceniza, ese resto que se consume como una ceniza de ceniza; de ahí que la historia esté inmemorial como ceniza. En consecuencia, la historia, tema polvoriento de la humanidad, archiva y consume la imagen inmemorial descompuesta.

³⁶ *Idem.*

³⁷ Al respecto, Derrida lleva a cabo otra reflexión sobre el acontecimiento y si éste puede decirse en el libro. *Vid.* Jacques Derrida, Gad Sussana y Alexis Nouss, *Decir el acontecimiento, ¿es posible?*

Quinta ceniza. *Del lugar. Si un lugar se circunda de fuego, de difunto (tumba convertida en ceniza, tumba en cuanto nombre). Ya no es. Resta la ceniza. De algún modo, la ceniza ya no es, no es lo que es, pues ella resta de aquello que no es para no recordar más que no-ser, impresencia. El ser sin presencia no será ni ha sido ahí donde hay la ceniza, y donde hablaría esa otra memoria. Porque ceniza entonces quiere decir la diferencia entre lo que resta y lo que es.*³⁸ El archivo, se ha visto, no puede entenderse sin la referencia a su impronta, a su impresión, por tanto al dispositivo, el soporte, el espaciamiento en donde las marcas, las huellas, se inscriben. El archivo es el lugar de la impresión. Soporte exterior en donde se inscribe la marca y se consignan los acontecimientos, algunos borrándose en el momento de su inscripción. En pleno soporte aparece también el resto. De ahí que el sentido de una impresión recuerde, aquí, lo que el archivo performa desde el acto de ser el lugar de consignación, de la referencia, del origen y de la ley: la escritura y la tipografía. Impresión en la lengua y en el discurso, en el acto mismo del archivo que abre el porvenir; la impresión dejada como resto, como ceniza.

¿Qué queda, pues del acontecimiento desde esta noción distinta del archivo? Una *espectrografía*, una huella de la experiencia propia del tiempo, que se da a condición del asedio de los espectros en la escritura de la historia.

Es del porvenir, del por-venir, de lo que también trata una deconstrucción del archivo: La ceniza. *Una materia que al no remitir más que a sí misma, ya no traza huella, al menos que sólo trace al perder la huella que ella sigue siendo apenas. Y que es justamente lo que Derrida llama la huella: ese borrarse. Una impresión de que entonces la huella no sea lo que muchos pensaban que era: la pista de caza, el surco en la arena, la estela en el mar, el amor del paso por su impronta, sino la ceniza. Lo que resta sin restar del holocausto, del quema todo, del incendio, del incienso.*³⁹ ☒

³⁸ Derrida, *La difunta ceniza*, op. cit., p. 25.

³⁹ *Ibidem*, p. 27.

- De Certeau, Michel. *Historia y psicoanálisis*, México, Uia-Departamento de Historia, 2003.
- Derrida, Jacques. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo de duelo y la nueva internacional*, Madrid, Editorial Trotta, 2003.
- _____. “Firma, acontecimiento, contexto”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Editorial Cátedra, 1998, pp. 347-372.
- _____. “Freud y la escena de la escritura”, en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- _____. *La difunta ceniza. Feu la cendre* (ed. bilingüe), Buenos Aires, Ediciones La Cebra, 2009.
- _____. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Editorial Trotta, 1997.
- _____, Gad Sussana y Alexis Bouss. *Decir el acontecimiento, ¿es posible?*, Madrid, Arena Libros, 2006.
- _____ y Bernard Stiegler. *Ecografías de la televisión. Entrevistas filmadas*, Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1998.
- Freud, Sigmund. *Moisés y la religión monoteísta*, Buenos Aires, Losada, 2004.
- _____. “La represión”, en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajo sobre metapsicología y otras obras*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 2003 (1914-1916) p. 34.
- Goldschmit, Marc. *Jacques Derrida, una introducción*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 2004.
- Marrou, H. I. *El conocimiento histórico*, Barcelona, Editorial Labor, 1999.
- Yerushalmi, Yosef Hayim. *El Moisés de Freud. Judaísmo terminable e interminable*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1996.